



paraíso final

Juan José Plans

Paraíso final es una bocanada de esperanza en un mundo que está a punto de autodestruirse. Como una reserva humana —y por humana espiritual— frente a la invasión del asfalto, Paraíso final canta la independencia y la necesidad de encontrarse en contacto directo con la naturaleza, incluso para trascenderla.

1

El pueblo, el único del islote, en una ensenada de la costa sureña, cercano a la más pronunciada lengua de su tierra que se atreviera a penetrar en el océano, pobremente adornada por un puñado de rojizos cardones que colgaban en la árida punta como si desearan arrojarse al mar, próximo a una playa salvaje, en la que los cangrejos trazaban dibujos en la amarillenta y delicada arena, de espaldas a un encanecido bosque de desflecados barbusanos, tras los que el horizonte se alzaba hasta las bocas sedientas de lava de volcanes apagados, con la mirada en las aguas de espumosas olas que se rompían desgarradoramente contra un largo malecón de carcomidas maderas y de flacas piernas de erosionado cemento, al que se abrazaban las algas, de casas de gruesas paredes de barro y sabiamente encaladas, con aljibes siempre a la espera de poder guardar y decantar las infrecuentes lluvias, apretadas unas contra otras en un continuo temor de ser aplastadas por las fuerzas cósmicas y separadas por estrechas callejas que afluían todas ellas al puerto como los ríos al mar, doblegándose cada vez más al trepidante cabalgar de los enfurecidos y crueles vientos, acababa de ser abandonado, para siempre.

El pueblo, sobrevolado por gaviotas de chirriantes graznidos, sobrecogido por el frenético aullar de los vientos, que arrancaban de las frágiles puertas y ventanas agonizantes lamentos, prolongados silbidos que parecían traer en sus velos invisibles a las huestes fantasmagóricas que sigilosamente se introducían por las chimeneas en arcanos tiempos, recorrido tan sólo por locos remolinos de desperdicios, cara a un sol que comenzaba a ser ocultado por nubes grisáceas, moría.

Nadie en las arrancadas casas, nadie en las angostas callejas, nadie en el destartado puerto. Nadie en el pueblo. Nadie en las sinuosas costas, nadie en los cenicientos campos, nadie en las calcinadas montañas, nadie en el enjuto bosque. Nadie en el islote.

Las lanchas, sueltas las amarras, bailaban a lomo de las olas, chocando entre sí y estrellándose contra el malecón, abiertas grietas en sus vientres, astilladas las maderas, ahogándolas el mar.

Las redes, por doquier, amontonadas, desanudadas las cuerdas, rasgados los hilos; aparejos y mallas inútiles.

Las cajas, con plateada costra de escamas, sucias, con peces muertos, algunos putrefactos, se daban de cabezadas, cayendo en pilas a las aguas o empeñadas en grotescos saltos, empujadas por los vientos hasta desmembrarlas contra las casas más cercanas.

Las sombras del pueblo, temblorosas, abstractas, se deslizaban por entre las callejas en busca de otras sombras, las nacidas de cuerpos ya inexistentes, deseando protección.

Tan sólo, en los pliegues de los cactus que engalanaban la plaza, espacio reducido, cuadrado, de arcos hundidos y de fuente seca, de estatua decapitada, los insectos aguardaban a que amainaran los vientos.

Las habitaciones de las casas, llenas de recuerdos —colgadas las fotos familiares, rostros sonrientes, miradas nerviosas—, nadie se llevó nada —la muñeca en una cuna, el oso en una esquina, el balón bajo la cama—, todo lo habían dejado allí —los pucheros en la cocina, el traje de novia en el armario, la pipa recostada en un libro, las llaves a la entrada—, sin calor, frías, desnudas de almas. Aún se oía el latido de algún reloj, el chisporroteo de leños en algún hogar, correr el agua en alguna estropeada cisterna. Pero, ninguna voz hablando de la marejada, ninguna canción a la hora del guisado, ningún llanto salido de entre pañales,

ninguna sonrisa ocultada por manos, ningún murmullo tras las puertas, ningún beso secreto.

Todo estaba allí, hasta que el tiempo lo consumiera, porque pertenecía a un pasado al que ya no retornarían, que ya se hallaban dispuestos a olvidar.

El islote, de configuración semejante a la que deja un huevo cuando es lanzado violentamente contra el suelo, formadas sus costas con muchas puntas y ensenadas por la región sureña y con acantilados inabordables por la región norteña, que era como si la hubieran cortado a cuchillo, ataviada su cintura por una cadena de volcanes apagados que lo habían transformado hasta convertir su tierra en una de las más infértiles, como un buque abandonado, volvía a ser envuelto por la soledad que conociera en épocas remotas, aquella que reinó antes de que el hombre se estableciera en él y después de que las fuerzas desatadas de la naturaleza lo hicieran emerger de las aguas, conservando durante milenios en la más alta de sus cumbres restos de prehistóricos animales marinos, fosilizados en las pétreas rocas.

Sólo los vientos se enredaban por el bosque tumbando a los barbusanos, únicamente las gaviotas se arriesgaban por las oquedades de las costas, sólo los insectos intentaban abrirse paso por las capas de cenizas volcánicas que cubrían los campos para atraer a la humedad atmosférica y permitir beber racionadamente a la vegetación, únicamente los cangrejos vagaban por las doradas playas de arenas calientes abiertas a los moradores del océano, sólo algún dromedario perdido en las montañas con fuego en su interior.

El islote, con grabados rupestres en sus entrañas, que había conocido la llegada de sacrificados pescadores, agricultores y pastores, defendiéndoles con su inaccesible configuración de las invasiones de los piratas, que frenaba la sangre pastosa que bullía por sus venas y arterias para no

convertirse en el más desolador de los cementerios, agonizaba.

En el cielo, ya sin sol, cubierto de espesas nubes plomizas a las que les colgaban groseros y abultados vientres, lejanos, con fugaces resplandores, al igual que una bandada de monstruosos pájaros prehistóricos, unos gigantescos helicópteros no tardarían en desvanecerse en el horizonte.

Todavía, desde uno de aquellos aparatos, que rugían, alguien miró por última vez al islote con cierta nostalgia, pero sin pena, con enorme placer de irse hacia un futuro insospechado lleno de promesas y esperanzas, el que les aguardaba en las metrópolis de los desconocidos continentes, donde los hombres no tenían las manos encallecidas por el palo del pastor, la red del pescador o el arado del agricultor; donde las mujeres no tenían los rostros cruzados por los surcos que abrían los lametazos del sol, los latigazos de los vientos, el erosionar del sudor.

Cuando aquellos ojos, muy abiertos, sin lágrimas, sin filamentos irritados, dejaron de mirarle, el islote murió.

Cesaron los graznidos de las gaviotas, los vientos tiraron de las bridas para detener sus cabalgaduras, el mar no se convulsionó. Y una increíble y siempre esperada lluvia, suave, menuda, cayó en el mayor de los silencios.

Llovía en un inhóspito islote, pero paradójicamente el último de los paraísos, abandonado, entonando una triste canción, interpretada por las enanas gotas que se deslizaban por cristales de ventanas, por hojas de árboles o arrugas de cactus; que corrían por las callejas, entre las cenizas volcánicas, por los aleros; que repiqueteaban en las puertas, en las maderas flotantes, en las tablas rotas; que se unían a sus hermanas del océano.

Pero, puesto en pie, con las piernas separadas, los brazos en alto, tensos los músculos, con chispas en los apretados dientes, con las manos crispadas, en la oscuridad de su

refugio, un hombre, desafiante, gritó, vibrando todo su cuerpo:

—¡No!

2

—¡No! —volvió a gritar el hombre, silbando entre sus dientes un gemido desesperado, tras hundir los dedos en sus largos cabellos y dejar resbalar las manos por su rostro de duras barbas.

En el sótano, bodega de la cantina del pueblo, espacio robado a las entrañas de la tierra, a oscuras, buscó lo que tenía que estar ante él, sobre una desvencijada mesa.

Acarició el rifle, movió rápido la cabeza para lanzar las lágrimas de rabia que pendían de sus párpados y presionó el botón del interruptor con el cañón de la anticuada arma.

En una burbuja, ampolla de cristal a la que la mosca se había adherido, esfera de invisible pero pulimentada superficie en la que las titánicas ventosas de sus extremidades crearon el vacío desafiando a la gravedad, el barroco filamento alcanzó la incandescencia. La mosca, en el panal de sus ojos, mosaico de impresiones, la recepción de una llamada de turbadora luminosidad, como la fulguración violenta de una incontenible energía; por su cuerpo, adornado con alas serpenteadas de canalículos, ríos de nervios que erosionan células, el latigazo de una avasalladora catarata de calor; en el bosque de su vello, por doquier, la copa de los pelos se rizó doblegándose a un huracanado viento de fuego; retiró la trompa que pendía de su ancha cabeza elíptica y sus antenas recibieron calambres de tensión, hubo vibraciones por las articulaciones.

Aturdida por la descarga eléctrica, contempló el seno blanco y de aureola amarillenta del sol de un universo de horizontes limitados, encerrado en cúbicas dimensiones. Se frotó la cabeza y limpió la trompa con dos de sus patas, relajándose los centenares de músculos, respiró hondo por

las tráqueas. Excitada, tras batir las alas, dejó la ampolla de cristal.

El hombre, atenazando el rifle, miró los barriles amontonados en la bodega, de un vino cosechado en lucha tenaz con los vientos, plantando las viñas en profundos hoyos para que no fueran arrancadas de cuajo de la tierra, y apretó el gatillo, con rudeza, escupiendo rencor por la boca de acero, como si los barriles tuvieran rostro, el de aquellos de los que se había ocultado en el sótano, en la oscuridad.

De un manotazo, la bombilla comenzó a trazar círculos, arrastrando consigo telarañas y fugaces sombras, que endurecían el rostro del hombre, esforzado en pisotear una silla, gritando:

—¡No!

La mosca revoloteó hasta posarse en una superficie. Se movió una ciclópea forma, avanzando vertiginosa hacia ella. Sorprendida, quiso volar. Pero, no pudo. Algo le cayó encima, pesadamente, aplastándola. Un estremecimiento de dolor recorrió todo su cuerpo, causándole horribles sensaciones. Le fue imposible moverse. Las patas y las antenas rotas, desgarradas las alas y tronchada la trompa, una profunda grieta se abrió en su tórax, la sangre le salió a borbotones, la cabeza reventó. Asfixiada, crujió.

El hombre, con lentitud, alzó el puño, la mano asesina, el mazo que había descargado inconsciente sobre la mesa, con toda fuerza. Miró la mosca, al cadáver irreconocible, un amasijo de carne y sangre, murmurando:

—Dios mío...

Hizo un gesto de asco, puso la mano que había dado muerte a la mosca bajo el chorro de vino que salía por el agujero que la bala hizo en uno de los barriles, limpiando los restos que del insecto quedaran prendidos en ella y bebió un buen trago del líquido espumoso, pasando después los labios por un brazo, el derecho, el que sostenía el rifle.

Fue hacia la escalera, rehuendo el que sus ojos volvieran a comunicar a su cerebro imágenes de la mosca, y su-

bió unos cuantos escalones, que apenas resistían su peso, hasta que la cabeza rozó la trampilla.

Tras pensarlo un instante, una vez que no escuchó más que las campanas del vino tañer al chocar contra el suelo, se decidió.

Con prudencia levantó la trampilla, poco, una rendija, suficiente para saber que no había nadie, que estaba solo, que se habían ido. En su rostro, una sonrisa irónica, amarga, la de quien fracasa.

Apartó de un golpe la trampilla, el ruido resonó en la cantina y de un salto dejó el sótano.

—¡No! —volvió a gritar, angustiado por la realidad, aquella en la que ya vivía y que siempre había tenido la esperanza de que no llegaría nunca. En cambio, desde un principio, desde que se lanzara en paracaídas sobre aquel islote, sabía que sucedería, que se irían con ellos. Pero, jamás lo quiso reconocer, porque era como aceptar la derrota de antemano, darse por vencido antes de poner en juego hasta la última de sus fuerzas.

Con los brazos caídos, en el centro de la cantina, donde tantas veces intentó persuadirles, movió repetida y lentamente la cabeza de un lado para otro, y se dijo:

—No...

La puerta, abierta, con gotas de lluvia a la entrada; las mesas y sillas en desorden, tal como quedan cuando se cierran los bares, antes de que se recojan para barrer el suelo; botellas estrenadas, mediadas, en el mostrador, con vasos usados, con platos sucios, en algunos restos de comida; en las paredes, desconchadas, negras por los bajos, grasientas todas, horribles pinturas, de fuertes colores, que pretendían reflejar un atardecer en el puerto, el pueblo al amanecer, la bóveda celeste recortada por los volcanes, una fiesta en la plaza; por las ventanas, marcos en los que nunca están encerrados las mismas tonalidades y las mismas formas, el mar, manso.

El hombre dejó el rifle en el mostrador, tomó una silla y con ella se subió a una mesa, poniéndose encima de la silla, como cuando tenía rostros ante él esperando sus palabras.

Por un momento, había creído que estaban allí, que los del pueblo le rodeaban, que asentían a lo que decía. Pero, aquellos de quienes murmuraba el nombre, solamente se hallaban presentes en su memoria, y no en la cantina.

Las razones que daban los que habían llegado en los helicópteros, las pruebas que les fueron ofreciendo, las cosas que les enseñaron y el futuro que les brindaron, eran más importantes y convincentes que las suyas. En cambio, estaba seguro de que él era quien tenía razón, aunque le dejaran solo.

No obstante, pensó, algo de lo que les dijera les había llegado a lo más profundo de sus sentimientos, siempre dejándoles con una duda. De no ser así, le habrían descubierto, le habrían llevado con ellos, le habrían intentado convencer. Pero, hicieron lo contrario. Le buscaron refugio, le ayudaron a ocultarse.

Este pensamiento puso una fugaz sonrisa de esperanza en su rostro. Y dijo, a un fantasmal auditorio, a unas sordas paredes, a un pueblo abandonado:

—Estoy libre; y, mientras lo esté, lo intentaré.

Saltó de la silla, tomó el rifle y dejó la cantina. Bajo la lluvia, que había llegado tarde, después de que los del pueblo se fueran, se detuvo ante el pueblo.

Miró las casas, fijamente, y tuvo conciencia de que debería empezar de nuevo. Para ello, antes de emprender otra cosa, tenía que destruir cuanto los de los helicópteros habían dejado en el islote.

3

Cuando el hombre apareció por una de las estrechas callejas, con la nuca pegada a sus espaldas, bebiendo el agua de lluvia, refrescante, dando firmes y grandes pasos, dejando marcadas sus huellas en una tierra mojada en la que trazaba dibujos con las suelas de las botas, de la que manaba un olor acre apenas conocido en el pueblo, rifle en mano con el cañón apuntando hacia el lugar del cielo por donde se fueran los helicópteros, cantando una vieja canción que hablaba de la búsqueda de un paraíso entonada con voz ronca y cierta ironía, subrayando las palabras con más contenido, resucitó el islote.

Las gaviotas, encaramadas en los tejados de las casas, flotando en el mar, sobre las embarcaciones que aún no se habían hundido, sorprendidas, abriendo las alas, se reunieron formando una nube blanca y fueron tras él.

Los vientos dejaron de frenar sus cabalgaduras, soltaron las riendas, y empujaron al hombre hacia su destino, ya disfrutando de lo que él les iba a permitir destrozar, dispuestos a ayudarle.

Cesó la lluvia, para no distraerle con sus repiqueteos, dando paso al silencio, atentos así los oídos a cualquier ruido sospechoso, a todos los sonidos que no fueran naturales.

Las olas esperaban ávidas el devorar cuanto el hombre les arrojava, para después depositarlo en el seno del océano, donde las algas tendrían nuevas cosas a las que adherirse.

El hombre se detuvo ante una casa, por alguna había que empezar, la de un pescador, casado con mujer regordeta, simpática, que le había dado cuatro hijos, tres niños y

una niña, uno de los que más atención ponía cuando les hablaba en la cantina, pero que también se había ido.

Empujó la puerta, no cerrada.

Y entró, quedándose unos instantes en el umbral, mientras afuera aguardaban las gaviotas, los vientos y el mar.

En las habitaciones de la casa, a simple vista, en un mirar rápido, parecía no haber nada de particular. Un cacto, en una maceta, y una percha en el umbral, de la que colgaba un impermeable; en la cocina, pucheros, ollas, vasijas, un armario con platos, vasos y cubiertos, mantel y servilleta; en una esquina descansaban unas cañas de pescar, en otra se amontonaban unas redes, mesa y sillas, colgadas fotos de los niños; en la habitación del matrimonio, cama y mesitas, en una pared la foto de cuando se casaron, un armario lleno de ropa, desordenada, un reloj, un mueble con un espejo roto y con más ropa, dos sillas; en la habitación de los niños, tres pequeñas camas, juguetes rotos, algunas cañas, adornada con unas fotografías de revistas; en la habitación de la niña, una muñeca tan grande como ella, una cama cuidada, muy doblada la sábana, todo en orden, así la pequeña lo había dejado, y una foto de sus padres, debajo de la cual un tiesto no tenía flores, no las había encontrado antes de irse; en el salón, una mesa redonda, un muy gastado sofá, cinco sillas, un mueble con ocho figuras baratas y fotos de los abuelos, una cesta de labor en una rinconera y dos cactus.

El hombre dejó el rifle, en la mesa del salón.

Suspiró, pasó las palmas de las manos por los ojos, dejando que los dedos frotaran los párpados, y miró a su alrededor, con cierta expresión de desafío.

Ya no era una mirada fugaz, descuidada. Era una mirada fija, penetrante, como si quisiera traspasar los objetos, todas las cosas, hasta las baldosas del suelo. Buscaba, tensos los sentidos. Y descubría más cosas, aquellas que habían traído en helicópteros, con las que le derrotaron haciendo inútiles sus advertencias, sus ruegos, el contar de sus expe-

riencias, con las que convencieron a los habitantes del pueblo, el único del islote, de aquel islote alejado no de todas las civilizaciones, sino de la civilización, la única civilización que existía, con la que el hombre iba a entrar en el próximo siglo, ya abriéndose sus puertas.

Algunas de aquellas cosas eran grandes, o al menos lo suficiente como para poder ser vistas sin necesidad de escudriñar hasta el fondo en las estancias. Pero el hombre las había ido dejando fuera del control de sus ojos, prefiriendo recorrer la casa tal como estaba cuando él llegó al islote. Otras, en cambio, eran diminutas, algunas microscópicas. Pero sabía dónde encontrarlas, estaba totalmente capacitado para ello, al fin y al cabo él había huido de un mundo al que se fueran los del pueblo, él mismo ayudó a crear lo que ahora detestaba. No burlarían su requisa, las destruiría.

Casa por casa, no tenía ninguna prisa, el tiempo era todo de él, las buscaría sin denuedo, hasta borrarlas de la faz del islote, el último de los paraísos, por árido y estéril que fuera.

Y, con aquella nueva mirada, fueron apareciendo ante sí lo que consideraba las armas de su grande y simbólico enemigo, el que pensaba estaba transformando al hombre hasta convertirle en algo distinto a lo que su naturaleza entrañaba, en otra especie.

—¡Basura! —gritó, dando con el puño a una de aquellas cosas, de la que saltaron cristales.

Empezó por las grandes, las visibles; prosiguió por las pequeñas, escondidas en cualquier parte; finalizó con las microscópicas, las que había que buscar minuciosamente, sin saltarse un centímetro.

Después de unas horas, empapado en sudor, el sol tostaba al islote tras la retirada de las nubes, salió a la calle llevando en el hueco de una manta varias clases de objetos.

Las gaviotas, el mar y los vientos los contemplaron con ansias de abalanzarse sobre ellos.

El hombre dejó la manta en el suelo, se arrodilló e hizo recuento, tras lo que dijo, como si hablara a los del pueblo:

—Os han perdido, y ni tan siquiera lo sabéis.

En cuanto se puso en pie, las gaviotas se aproximaron a los objetos. El viento ya estaba sobre ellos, rozándoles con sus manos invisibles. El mar volvía a ondularse, a crecer.

El hombre dio unos pasos, iba a entrar en otra casa, cuando oyó un ruido, el que se produce al cerrarse una ventana de golpe. Miró a su alrededor, rápido, inquieto, para terminar riéndose de sí mismo, moviendo la cabeza pensativo, preguntándose si iba a continuar asustándose por cualquier ruido que saliera de alguna parte de un pueblo abandonado. Pero entró en la casa para coger el rifle, que nunca había dejado de serle compañero desde la llegada de los helicópteros, hacía un mes.

Tenía que hacerse a la idea de vivir en soledad, lo más probable que para siempre, aunque no lo deseara.

Las gaviotas picoteaban los objetos grandes, los vientos arrastraban los pequeños y los microscópicos hacia el mar, todas las cosas no tardarían en ser destrozadas.

Tenía que seguir buscando, hasta que no quedara ninguna, hasta limpiar el pueblo de todo aquello que habían dejado como cosas inútiles, pero que podían volver a causar daño en cuanto alguien se acercara curioso a ellas.

Limpiar el islote, era esa la primera obligación que se impuso, aunque para ello tuviera que emplear el resto de su vida.

Con el rifle al hombro, descuidadamente, se encaminó hacia otra casa, creyéndose seguido tan sólo por las gaviotas, los vientos y el crecer del mar.

Pero, alguien, tras una ventana, inmóvil, le observaba.